

Por ahí en alguna parte hay un universo. No es el nuestro, aunque se le parezca, aunque suene como nuestro universo y huela como él; quizás incluso tenga el mismo sabor que nuestro universo, aunque comprobar eso podría resultar complicado y algo engorroso. Podría decirse que éste lugar está a un tiro de piedra de nuestro mundo, sería mentira, pero sin duda podría decirse.

El caso es que este universo es lo que obtendríamos si cogiésemos el nuestro y lo reflejásemos en un espejo; pero antes, tendríamos que haber emborrachado a dicho espejo y haberle dado una buena paliza.

En éste universo, hay una vía láctea y un sistema solar con ocho planetas. Físicamente no es distinto del nuestro, sin embargo el astrónomo encargado de inscribir a Plutón en este mundo se negó a anotar como planeta algo que, según él, se veía superado en tamaño por algunas de las piedras que aparecían entre las lentejas de su pueblo (cosa que, por otra parte, se acercaba bastante a la verdad). Por suerte, el tercer planeta del sistema es algo más grande que una lenteja y que la mayoría de los garbanzos. Sus habitantes lo llaman Planeta Tierra; nosotros lo llamaremos Planeta Absurdo.

Desde lejos, Absurdo no parece muy distinto a la tierra, quizá Nueva Guinea no esté donde le corresponde, de hecho, quizá no exista una Nueva Guinea, pero, sinceramente, ¿alguien se iba a dar cuenta? En Absurdo, como en la tierra, hay cinco continentes y aquel que nos ocupa es el continente que se encuentra al Oeste del océano Atlántico, situado entre Asia y Europa, en ese lugar, encontramos el continente llamado Johnson.

La mitad norte de Johnson está dividida en dos países; el país del norte es un lugar enorme, plagada de seres peligrosos como osos polares, lobos, pingüinos y franceses. Aunque ese no es el nombre que le dan en la mayoría de los mapas, al menos no en los oficiales, el apelativo con el que se refieren los habitantes de Absurdo a esta región es Friodecojones.

Pero, dejando de lado éste lugar tan romántico, el sitio que ahora nos ocupa es el país del sur, el llamado J.R.J o Juegos Reunidos Johnson. Hay una ciudad en la costa de J.R.J que, en los últimos años ha visto como unos inusuales visitantes han ido llegando, a veces en grandes grupos, otras veces como viajeros solitarios, y se han ido instalando y han llenado los cielos, antaño desiertos de la ciudad, convirtiéndolo en un hermoso y colorido paisaje. En honor de estos recién llegados, los habitantes del lugar decidieron renombrar el lugar como Ciudad de los Patos. Por otro lado, coincidiendo en el tiempo, varios superhéroes también se han mudado al lugar.

Si afinamos nuestra vista y nos centramos en el barrio de Hilera del Rey, situado entre Ciudad Galaxia y Ciudad de la Manera del Cielo; podremos ver, cuando acaben de pasar los patos, un gran almacén que probablemente esté abandonado, aunque quizá sea la madriguera de unos traficantes de sustancias ilegales, un laboratorio secreto de industrias Crayola o un polideportivo para mimos en paro.

En uno de los pabellones de este almacén, el que tiene la silueta de un cuerpo dibujada con tiza en la puerta, hay una pequeña sala adornada con diversos

modelos de lo que parecen robots contruidos con chatarra y con un grave defecto mental. Si nos fijamos con interés, comprobaremos que, en el archivador del fondo, hay cinco cajones, y en el cajón más grande hay una pequeña mancha de grasa.

Bien, pues exactamente a dos mil kilómetros de allí:

-Que pase el siguiente, Mona. -dijo una voz femenina muy acostumbrada a mandar. Estaba pulsando uno de los botones de su intercomunicador para hablar con su secretaria, quien gestionaba la sala de espera.

-Ehm... me llamo Mario, majestad. -Anayla, la propietaria de la primera voz, suspiró; aunque había dejado de ser la diosa de su propio universo debido a lo que su abogado llamaba una OPA divina hostil, a su alrededor aún persistía un aura mórfica que, de vez en cuando, afectaba al azar a su entorno.

Cuando, hacía un par de años, el hijo de la reina Numismática (como era conocida Anayla en su universo), el príncipe Zorrus, se hizo con el 51% de las acciones del Sellouniverso y baneó de por vida a la Reina de todos los foros del lugar; obligándola a emigrar a Mundo Absurdo con solo cinco monedas de oro y una vara de tejo más uno, ella decidió que de algún modo se reharía y volvería triunfante a su universo.

-Muy bien, Mario, ¿quién es el próximo?

-Es... -se escuchó un batir de papeles y un par de cajones que se abrían y cerraban- ...el dios del Caos, majestad.

-De acuerdo, dile que adelante.

Aunque aún echaba de menos ser la gobernante de todo lo que existe, Anayla había descubierto que no necesitaba estar en todas partes y saberlo todo para ser feliz. Además, la omnisciencia no colaboraba mucho a una conversación interesante, cuando la respuesta a <<Toc, toc>> es inmediatamente <<¡Dios, que chiste tan malo!>>

La oficina principal, donde ahora se encontraba, era similar a la que se podía encontrar en un despacho de abogados, si obviásemos detalles como que los peces de la pecera representaban una escena de Hamlet, o que los cuadros no parecían mirarte, más que nada porque estaban ocupados jugando al mus. Esta era la Asesoría de la Reina Numismática para Avatares, Dioses, Espíritus, Hechiceros y Fontaneros. Puede parecer un elemento fuera de lugar, pero en ciertos lugares los avatares también están considerados una clase mágica.

La puerta se abrió y doscientos veintitrés centímetros de escocés la cruzaron. Perteneían a un tipo cuyas espaldas hubieran podido servir para dibujar un mapa de Friodecojones en tres dimensiones y que iba enfundado en un pijama marrón a pesar de que no era aún hora de dormir.

-Veo que no es usted el dios del caos.

-Pues... -el hombre del pijama y la barba roja titubeó- no creo, al menos no lo era esta mañana. ¿Cómo lo sabe?

-Bueno... -Anayla se levantó de su asiento y se apoyó sobre su escritorio con ambos brazos- los dioses suelen ser bastante más... espectaculares -neuróticos se dijo a sí misma-, el último que entró aquí sumió las puertas en un mar de llamas, hizo reventar toda mi colección de unicornios de cristal y fulminó a Teresa. -señaló con un movimiento de cabeza en dirección a la pared, junto a la puerta había una enorme mancha de hollín- ¿verdad Teresa? -la mancha no respondió.- Ahora está en Gokondowindi, intentando encontrar repuestos para algunas de las figuritas de unicornio más raras.

-Vaya, los dioses del caos son bastante destructivos ¿eh?

-Es posible. Este era el dios de la horticultura.

>>Así que es usted el señor... -un breve repaso a la agenda de citas no dio ningún resultado probable, a menos que aquel hombre fuese Roldo, el gnomo de las margaritas.

-Oh, no creo que me encuentre en esa lista -repuso el hombre de pelo rojo- Me llamo Meleketengue, soy una especie de Avatar del equilibrio.

-Ya veo. -Anayla abrió el cajón superior de su escritorio, cogió un formulario nuevo, escribió Meleketengue y marcó la casilla de "sin empleo".- Muy bien, señor Meleketengue, me gustaría que me dijera que puedo hacer por usted.

-Verá, -el enorme semidiós hundió los labios hacia dentro como solía hacer siempre que iba a dar malas noticias. Cuando hacía esto el trozo de cara entre el bigote y la perilla desaparecía y su cara pasaba a parecer una alfombra persa- vengo en representación de los dioses Eleketenge y Meleek-Ek.- Los Eeeketianos eran una tribu muy ahorradora y siempre habían pensado que era un desperdicio andar malgastando vocales cuando se podían hacer tantas cosas con una 'e'.- ellos creen- continuó la alfombra persa- que puede estar acumulándose una gran deformación del equilibrio en este lugar debido a sus... eh... actividades mágicas.

-Es decir, una auditoría. -las palabras de la diosa sonaron claras en el aire, sin embargo a Meleketengue se le implantaron en la mente las palabras "así mueras de una diarrea, hijo de una camella".

-Bueno...

El escocés no llegó a pronunciar otra palabra, súbitamente las puertas de la oficina se desprendieron de sus goznes y salieron disparadas contra diversos objetos. Situado bajo el marco de la puerta se encontraba ahora un hombre de tez negra como el carbón y el pelo completamente blanco. Iba con el torso al aire y sólo llevaba unos coloridos pantalones a rayas verticales. Sin mediar palabra, el sujeto procedió a fulminar un geranio cercano que no se había arrodillado apropiadamente ante él, después se dirigió a un archivador cercano.

-Ese debe ser el dios del caos al que se le ha colado usted. ¿Sabes si consta en los archivos, Teresa?

La mancha de hollín de la pared se encogió de hombros.

Mientras tanto, el iracundo dios, siguiendo con su cruzada de caos, procedía a introducir la ficha de Robin Higin en la letra I del archivador. Hecho esto, descorrió todas las cortinas que estaban corridas y corrió el resto. Finalmente, en un definitivo arrebató de caos total, inició una sesión en el ordenador que estaba sobre la mesa e instaló el Windows 98.

-Si ha terminado ya de... -

-¡SILENCIO! Soy Atz4rX0rz, -interrumpió el recién llegado, con una voz que serviría para partir nueces- soy el único e inimitable dios del Caos!

-¡Ja! -interrumpió a su vez la alfombra persa- Meleeeek-Ek tendría mucho que decir al respecto de esa burda afirmación.

-¿¡Qué estás diciendo, mandril en pijama!? -Atz4rX0rz elevó un dedo acusador contra la nariz del escocés, cosa que requirió que primero se subiera sobre una banqueta- ¡Atz4rX0rz rUlz0rx!

-Mire, diosecillo -Meleketengue se irguió cuan alto era, lo cual causó un pequeño desconchón en el techo- puede que sea muy importante allí en su pozo de brea, donde una ducha con jabón se considera guerra química, pero ahora está hablando con...

La pelea cesó con un \*POP\* sordo. En un momento había dioses del caos y pijamas rellenos de avatar y al siguiente sólo había aire.

-Sigh... -Anayla se había desplomado sobre su silla giratoria y apoyaba la cabeza en su brazo derecho con gesto desganado- Me temo que esto me va a doler mañana, pero no lo aguantaba más. En fin... -posó un dedo sobre el botón de su intercomunicador y dijo- Mario, el siguiente, por favor.

-¡Guau, guau! - fue la respuesta.

La diosa levantó cautelosamente el dedo del botón.

-Vaaale... creo que ya he tenido suficiente por hoy. -volvió a pulsar el botón en un gesto rápido- Me tomaré el resto del día libre... esto... Mario...

-¡Guau, woof!

La consejera de avatares y fontaneros se acercó al perchero, el cual le tendió la capa; ella le dio las gracias, se la ató al cuello y desapareció.

La mancha de hollín suspiró aliviada.